

# Los primeros cuentos

jorge gonzalez



Image not found.

# Capítulo 1

## **LA COSONA**

Todos dejaron de visitarme. No por ser una mala persona o algo por el estilo, es más, a muchos solía divertir con mis historias y relatos. Eran contados los que se atrevían a cruzar el viejo portón que limitaba mi propiedad al final de la calle Matiauda. La casona en que vivo, en la que nací, crecí y creo que moriré, perteneció a mi familia desde hace como un siglo. La nana Cande, Candelaria Martínez viuda de Solis, mi abuela, construyó la casona con sus propias manos en la época de la guerra grande. Mis padres la heredaron a su muerte y heme aquí hoy viviendo solitario en ella. El último que recuerdo hozó poner un pie en este sitio fue el viejo Don Ramiro, de eso ya más de diez años, si mal no me falla la memoria. Solitario desde que murió mi María Jacinta, aquejada por una larga enfermedad, la vi apagarse lentamente, día a día, si más remedio que la resignación a la muerte próxima. Hay que llevarla al médico, me decían, pero que van existir médicos en estos lares, a lo sumo algún que otro naturista, médico ñaná, pero que tampoco ayudaron mucho a curar el mal de mi querida mujer. Y fue así que una tarde de abril, como conociendo la hora de su partida, se despidió con un forzada sonrisa y unas inentendibles palabras, tomó mi mano, cerró los ojos y se fue al cielo de los cristianos o a la nada de los que no creen en Dios, según sea el caso. Fue desde ese entonces que dejó de importarme la vieja casa, poco a poco la maleza, el polvo y las telarañas fueron ganando la batalla, hasta arrinconarme en el fondo de una habitación calurosa y oscura, tirado en un catre, perdiendo toda noción de tiempo, exhorto en mis pensamientos y recuerdos, sin necesidad de alimento, bebida o sueño. Una pocas veces vi a forasteros pasar rápidamente por frente de la casa y santiguarse en señal de respeto, fuera de eso ningún alma se animaba a visitarme. Fue como si todos olvidaron que existo, que en parte es responsabilidad mía por encerrarme durante días o semanas, sin salir siquiera a observar la luz del día o la belleza de la noche.

Al costado de la casona, a los pies del gran árbol se encuentran dos tumbas, una de ellas se trata de la tumba de Jacinta, que como la edad no viene sola y viejo me voy poniendo, no recuerdo el momento en que la enterré y como es que tallé la cruz de madera que señala aquel sitio. Sólo recuerdo que en ese día no muchos vinieron a despedirla, el cura, nuestros vecinos los Matiauda, Doña Leoncia, nuestros dos hijos, Esteban y Roberto y nadie más. Luego de unas oraciones del cura, todos se marcharon así como llegaron, sin mediar palabras y sin siquiera cruzar la mirada. En cuanto a la otra tumba, pues llevo bastante tiempo tratando de recordar de quien trata o quien la colocó allí sin autorización mía, hasta podría jurar que lo vengo pensando hace varios años, tirado en un catre, en el fondo de una habitación calurosa y oscura, de esta gran casona que nadie visita y que tiene aspecto de abandonada desde hace más de una

década.

## Capítulo 2